



Comprender
Palestina/Israel

Guía 6

Del fin del ciclo de guerras interestatales al proceso de paz y su fracaso (1973-2023)

Autores:

Fernando Adrover y Leandro Lereté Llamosa

Año: 2026



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Prorectorado
de Investigación

Del fin del ciclo de guerras interestatales al proceso de paz y su fracaso (1973-2023)

Israel de Yom Kippur a la Intifada

Luego de 1967 Israel había logrado estabilizar un régimen dual de dominación, en el que si bien se desdibujaban las fronteras entre el territorio soberano y los territorios ocupados, no se dio una anexión formal. Los territorios fueron, de esa forma, integrados a la economía israelí bajo una dominación colonial sin poner en riesgo la mayoría judía del Estado ni su autopercepción como una democracia (Grinberg, 2011: 97). En suma:

“(…) los territorios convirtieron a la economía Palestina en una especie de enclave israelí interno, que se caracterizaba por no contar con inversiones de capital ni con inversiones estatales para el desarrollo de infraestructura, y que era incapaz de comerciar subproductos en Israel, aunque los niveles de los precios se fijaban, en gran parte, en relación a los precios de Israel” (Grinberg, 2011: 118).

Se había iniciado, a su vez, una “anexión sigilosa” (Pappé, 2024: 322) mediante el crecimiento de los asentamientos al otro lado de la Línea Verde. No se abandonaba la pretensión de expansión territorial, pero la anexión formal habría implicado dos problemas para Israel: la condena, deslegitimación y el aislamiento internacional por un lado; y por el otro el peligro de lo que suele denominarse la “bomba demográfica”, pues la anexión implicaría otorgar la ciudadanía a un gran número de palestinos cuya tasa de crecimiento poblacional era mayor que la de los judíos, poniendo a la larga en peligro el

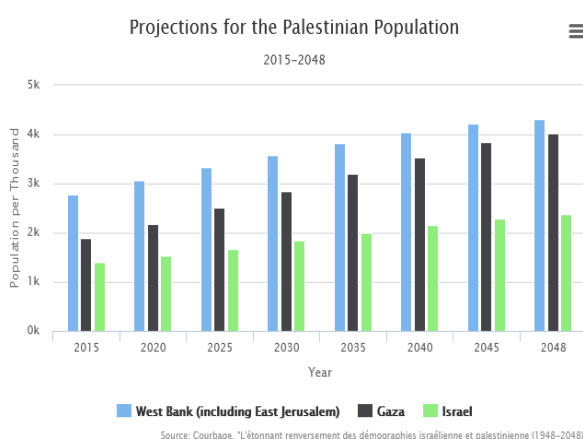


Figura 1
Tabla de proyección de población Palestina
(2015-2048)
Fuente: Abu-Sitta, 2010: 152

carácter judío del Estado de Israel. Este temor se mantiene en gran medida hasta el presente.

El siguiente episodio de las guerras interestatales, la guerra de 1973, no redefinió la dinámica del conflicto palestino-israelí, pero sus efectos en el mediano plazo tuvieron una importante influencia en el relacionamiento de Israel con el mundo árabe y el devenir de la cuestión palestina. Como afirma Ilan Pappé:

“La Guerra de 1973 fue un suceso traumático que promovió la desintegración de la política y la cultura israelí. Palideció el mito de la irreductibilidad israelí y mientras para algunos era una buena razón para insistir en la necesidad de buscar una solución pacífica, otros se dirigieron a la divinidad, endureciendo sus posiciones respecto a la paz y a un compromiso territorial. Lo que incrementó la confusión y la erosión de la confianza individual fue el elevado número de víctimas, alrededor de 30.000, en comparación con los pocos centenares de la Guerra de 1967. El país se vio envuelto en una ola de pesar que afectó también al prestigio del gobierno.” (Pappé, 2024: 292)

Aunque el laborismo recurrió a la figura de Isaac Rabin para liderar el partido, un héroe de guerra en 1948 no afectado por el descrédito de la conducción civil, del ejército y la inteligencia durante el conflicto de 1973, eran evidentes las señales del debilitamiento de ese partido histórico. Desde la creación del Estado en 1948, el laborismo había dominado la vida política israelí, como principal representante de un proyecto nacional inspirado en el sionismo socialista. Sin embargo, diversos factores sociales, económicos y culturales erosionaron este predominio. La creciente desigualdad social, el malestar de las comunidades judías orientales (mizrajíes) nutridas por sucesivas oleadas de inmigración, la crisis económica y, especialmente, el impacto traumático de la guerra de 1973, favorecieron el ascenso de nuevas fuerzas políticas, en especial el Likud liderado por Menahem Begin.

Desde el análisis del lugar de las emociones en la política, la socióloga Eva Illouz (2023) ha analizado el logro clave de Begin de “transformar la experiencia social real de discriminación de los mizrajíes en un resentimiento duradero contra los asquenazíes como grupo étnico” (p. 105), y utilizarlo mediante un lenguaje populista como la palanca para atacar al laborismo y desplazarlo del gobierno. El Likud –compitiendo por ese electorado

con partidos de derecha religiosa— ofrecía un reconocimiento simbólico más que mejoras concretas en sus condiciones de vida a los mizrajíes.

Este proceso culminó con la histórica victoria de Begin en 1977, acontecimiento conocido en Israel como el "Mahapaj" o "revolución política", que puso fin a casi tres décadas de hegemonía laborista. Esto no sólo representó una alternancia partidaria, sino una profunda transformación ideológica. El nuevo gobierno promovió una concepción revisionista del sionismo, que según el especialista en la derecha israelí Colin Shindler (2006: 223) reinterpretó la herencia de Vladimir Jabotinsky, quien reivindicaba el derecho histórico del pueblo judío sobre la totalidad de la Tierra de Israel.

Durante los gobiernos del Likud se produjo una aceleración significativa de la política de asentamientos. Si bien la colonización de los territorios ocupados (en adelante TO) había comenzado bajo administraciones laboristas, fue a partir de 1977 cuando adquirió un carácter sistemático y estratégico. La construcción de infraestructura, carreteras, barrios urbanos y asentamientos permitió consolidar una presencia israelí permanente en Cisjordania y Jerusalén Este. Paralelamente, se fortaleció la alianza entre sectores nacionalistas laicos, religiosos y militares que concebían la ocupación no como una situación transitoria, sino como una realidad irreversible.

En paralelo, la sociedad israelí vivió un proceso de creciente militarización, en cuyo impulso coincidieron tanto los gobiernos laboristas como los del Likud. En términos económicos la llegada de este último partido al gobierno implicó un giro liberalizador que profundizó las brechas sociales y, en gran medida, defraudó las expectativas de los sectores desfavorecidos que apoyaron su ascenso.

En la política regional probablemente uno de los hitos más importantes del gobierno de Menahem Begin fue la firma de la paz con Egipto en setiembre de 1978.



Figura 2
*Anwar Sadat y Menahem Begin al
anunciarse en el Congreso de Estados
Unidos los acuerdos de Camp David*
Fuente: Foto por Warren K. Leffler, 1978

La guerra limitada iniciada por Egipto en 1973 había tenido como objetivo forzar a Israel a negociar la devolución de los territorios egipcios ocupados, y aunque declarativamente el presidente Anwar el-Sadat había puesto la solución de la cuestión palestina como condición para la negociación, ésta quedaba evidentemente relegada a un segundo plano respecto de los intereses territoriales egipcios. El trauma de 1973 hizo al gobierno israelí más proclive a negociar y con la mediación de Estados Unidos ambas partes llegaron a un acuerdo para la devolución de los territorios a cambio de paz y reconocimiento a Israel, algo que le valió a los dos polémicos líderes el Nobel de la Paz. Tras esto, uno de los mitos fundacionales de la nación, que presentaba a Israel como una fortaleza asediada en un entorno irreductiblemente hostil, comenzaba a resquebrajarse.

La guerra del Líbano en 1982 supuso un nuevo golpe a esas certezas fundacionales. Ilan Pappé la considera el Vietnam israelí, una guerra impopular más por el número de bajas judías que por la ruina causada al territorio enemigo y la tragedia humanitaria infligida a los refugiados palestinos. Pensada como una incursión para acabar con las bases de la OLP en el Líbano y anticiparse a los posibles logros diplomáticos que fortalecieran la posición de la organización, supuso un estancamiento y un creciente número de bajas. El sociólogo israelí [Lev Grinberg](#) (2011: 64) sugiere que entre las motivaciones de esa guerra estuvo la reactualización de la noción de enemigo y la necesidad de seguridad frente a las crecientes voces de protesta antibelicista dentro de Israel, representadas sobre todo por el surgimiento del movimiento Paz Ahora (1978) integrado por reservistas del ejército. No hubo en este caso, como en otros conflictos anteriores, un alto grado de consenso sobre la necesidad de defensa y seguridad del Estado: Israel aparecía para muchos como el agresor. Sucesos como la masacre de Sabra y Chatila consolidaron esta imagen y generaron protestas públicas masivas. El impacto de la Guerra del Líbano y las consecuencias de la prolongada ocupación en la estatura moral de Israel suelen ser citados como puntos de partida en el surgimiento de una sensibilidad “post-sionista”, que eclosionó con más fuerza entre fines de los ochenta y comienzos de los noventa. El ámbito académico y universitario fue fermental en este sentido, destacándose la aparición de los llamados “[nuevos historiadores](#)” y sociólogos críticos que cuestionaron los mitos fundacionales del Estado. Ilan Pappé sostiene que esta misma sensibilidad se materializó en la literatura, la música pop, el cine y el teatro (Pappé, 2024: 358-370).

A partir de la guerra en el Líbano y más tarde la Intifada, en Israel se comenzó a dar un proceso lento y nunca unánime de humanización de los palestinos, en el que colaboraron

algunos medios de comunicación y organizaciones sociales como la Asociación por los Derechos Civiles en Israel (1972) y B'Tselem (1989).

La Primera Intifada

El 8 de diciembre un vehículo israelí chocó a dos autos en Gaza matando a cuatro palestinos. Interpretado como un acto deliberado, fue la chispa que activó una insurrección popular que se estaba gestando desde tiempo antes y que se expandió rápidamente por Gaza y Cisjordania.

En los años anteriores las penurias económicas bajo la ocupación se habían profundizado, con un pronunciado declive del sector industrial y la producción agrícola, un creciente desempleo o empleo inestable en el mercado laboral israelí. La política del gobierno israelí negaba permisos a cualquier emprendimiento



Figura 3
*Escena de la Intifada en Gaza,
diciembre de 1987.*
*Fuente: Efi Sharir, Israel Press and
Photo Agency (I.P.P.A.), Dan Hadani
collection, National Library of Israel*

agrícola o industrial que supusiera competencia con empresas judías. Las medidas represivas también se habían endurecido en respuesta a las crecientes manifestaciones sociales de descontento: [Yezid Sayigh](#) (1997) estima que para 1985 250.000 palestinos habían sido interrogados o detenidos por las fuerzas de ocupación (un 40% de la población adulta). El gobierno militar había recurrido además a deportaciones para decapitar a las organizaciones que respondían o recibían apoyo de la OLP.

En términos políticos, la derrota de la OLP en el Líbano en 1982 y la prisión o deportación de los cuadros dirigentes, habían dejado un vacío y cierto sentimiento de una población abandonada a su suerte. El vacío político fue ocupado poco a poco por nuevos liderazgos provenientes de las clases medias urbanas educadas de los TO. Estos líderes se vieron forzados a adoptar formas de organización menos formales para escapar a los controles israelíes. La organización no se limitó, sin embargo, a las ciudades, ya que la presión sobre la tierra y el agua por parte del creciente número de asentamientos, llevó a la

protesta a calar en espacios rurales. Aunque las facciones integrantes de la OLP estaban representadas, estos cuadros tenían un vínculo problemático con ella: no siempre concordaban con su línea política, buscaban una movilización desde abajo a través de organizaciones no-gubernamentales más que una cooptación en una estructura cuasiestatal. Estas organizaciones de base disputaban a la OLP el propio sentido de la noción de *sumud*, entendiéndolo más como una resistencia cotidiana desde abajo, mediante el impulso de organizaciones y estructuras autosuficientes solidarias, más que como una entrega heroica asociada a la lucha armada. La presencia del Partido Comunista era tanto o más importante que la de Fatah en esas organizaciones. Los sindicatos y los comités populares fueron muy importantes en la desobediencia civil y el sostenimiento en el tiempo de la Intifada. Como ha estudiado [Mar Gijón](#) (2024) los comités de mujeres tuvieron un gran impulso en este período, tomando a su cargo importantes servicios sociales (centros de salud, guarderías, cooperativas de abastecimiento) y labores educativas clandestinas ante el cierre de escuelas por parte de Israel. La burocratización posterior de la Intifada y el crecimiento del islamismo frenó su impulso inicial, el avance de las ideas feministas y el desafío a las estructuras patriarcales que se vislumbró en las primeras etapas de la Intifada.

Dadas estas condiciones políticas, el estallido de la Intifada sorprendió y desbordó al liderazgo de la OLP en el exilio, que inicialmente no tenía control de la situación. No obstante, con el correr de las semanas se buscó institucionalizar y cooptar la revuelta, logrando la formación en febrero de 1988 de un Mando Nacional Unificado integrado por Fatah, el Partido Comunista, el FPLP y el FDLP, con el objetivo de organizar las manifestaciones, el boicot a los productos israelíes y unificar las consignas políticas. La capitalización política de la Intifada llevó, en noviembre del mismo año, a la proclama de la [Independencia de Palestina](#) por parte de la OLP, que buscaba de esta forma reafirmar el derecho a la autodeterminación y la intención de constituir un Estado,



Figura 4

Cartel de solidaridad del Komite Internacionalistak vasco, 1988.

Fuente:

palestineposterproject.org

aprovechar la coyuntura para recuperar presencia en los TO y tomar la iniciativa diplomática. En este sentido, la prioridad de Arafat fue abrir un canal de negociación con Estados Unidos.

Yezid Sayigh marca de forma clara el contraste entre el liderazgo de base en los territorios y la burocracia de la OLP:

“En 1988 se enfrentaron dos modelos de organización política palestina: el activismo voluntario de base, la movilización social y el liderazgo descentralizado que caracterizaron a la Intifada durante su primer año, frente a la burocratización, el clientelismo y las instituciones centralizadoras —en marcado contraste con lo anterior— mediante los cuales la OLP extendió su control de corte estatal desde el exilio. Durante un breve lapso, el primer modelo pareció plantear un desafío serio, pero el triunfo del segundo resultó tal vez inevitable. Arafat encabezó este proceso de estatización y, de hecho, lo personificó en abril de 1989 al obtener la designación del comité ejecutivo y del consejo central de la OLP como presidente del recién proclamado Estado de Palestina.” (Sayigh, 1997: 632)

Pero la Intifada no sólo desbordó al liderazgo palestino, sino también a los mecanismos de control del régimen israelí, cuyas fuerzas militares no estaban preparadas para contener ese tipo de insurrección civil (anticolonial y de masas). La imagen más representativa de la revuelta era la de jóvenes construyendo barricadas y apedreando vehículos militares israelíes con sus rostros ocultos tras sus kufiyas. Según cifras de las FDI, la Intifada supuso 23.092 protestas no armadas, 1.390 episodios con molotovs y 149 ataques armados sólo en 1988 (Sayigh, 1997: 619-620). Además de una indiscriminada represión callejera, las FDI recurrieron a castigos colectivos (cierre de escuelas, toques de queda, cierre de fronteras a trabajadores, humillaciones públicas de los hombres adultos y hacia el final de la Intifada cortes de energía y agua) y a asesinatos selectivos de líderes mediante unidades encubiertas. En el primer año y medio de protestas hubo aproximadamente 40.000 arrestos. La Intifada también desbordó la Línea Verde al registrarse manifestaciones y huelgas de solidaridad organizadas por los palestinos israelíes y acompañadas por parte de la izquierda judía.

Otro proceso importante que implicó la Primera Intifada fue el crecimiento del sector islamista dentro del nacionalismo palestino, representados por [Hamás](#) y la Yihad Islámica. [Hamás](#), la más importante de estas organizaciones, era la rama palestina de la Hermandad Musulmana surgida en Egipto. La Hermandad había sufrido un retroceso en los años posteriores a 1948, pero en la década de 1970 desplegó (sobre todo en Gaza) un importante trabajo social (asistencialismo, educación, vigilancia de las costumbres y la religiosidad) y una política identitaria que constituyó un refugio y resistencia ante la difícil situación de la ocupación, algo que el enfoque estatalista del nacionalismo secular no lograba brindar en esas circunstancias. En los años previos a la Intifada los sectores islamistas habían ganado espacio en las organizaciones estudiantiles. Desde los colegios islámicos y los hospitales de caridad consolidaron su base social. Las autoridades israelíes permitieron el crecimiento de estas instituciones con el objeto de debilitar al nacionalismo secular. El paso del trabajo social a la acción política por parte de la Hermandad supuso la formación oficial de [Hamás](#) en diciembre de 1987, cuya [carta fundacional](#) fue publicada en agosto del año siguiente. Ese documento señalaba la destrucción de Israel como un deber religioso, pero era vago en los métodos y en la estructura del Estado confesional que proyectaba. [Hamás](#) no se integró al Mando Nacional Unificado y radicalizó su estrategia de lucha durante la Intifada con el creciente recurso a las armas. Tras la guerra del Golfo, en la que la OLP respaldó a Irak, [Hamás](#) se favoreció de la afluencia de los recursos económicos que los países del Golfo restaron a la organización liderada por Arafat. Desde un comienzo la organización islamista probó una gran capacidad adaptativa ante los sucesivos golpes sufridos, logrando restablecer sus cuadros tras la captura de varios de sus líderes.

El proceso de paz de Oslo

El convencimiento de que la Intifada no constituía una amenaza para la existencia de Israel y que no podría ser sofocada mediante medios militares, sino solucionada a través de mecanismos políticos, ganó espacio en el Estado Mayor de las FDI. Esta convicción constituyó la base de un cambio en el abordaje israelí del problema palestino que permitió transitar el camino de las negociaciones de paz. Según Grinberg, esa convicción y la presión pública para cerrar las fronteras y aislar el territorio de la Intifada del territorio nacional israelí, socavaron los dos grandes mitos nacionales, el de la seguridad y la



Figura 5
Isaac Rabin, Bill Clinton y Yasser Arafat en la firma de los acuerdos de Oslo, 13 de setiembre de 1993.

Fuente: Wikimedia Commons

supervivencia del Estado del laborismo (pues la Intifada no amenazaba la existencia de Israel) y el de la tierra prometida o el Gran Israel del revisionismo, pues existía una voluntad de desvincular los TO en pos del apaciguamiento (Grinberg, 2011: 68). Esto permitió superar una etapa en la que tanto el laborismo como el revisionismo habían llegado a un consenso nacional en la negación del derecho a la autodeterminación palestina y cualquier canal de negociación con la OLP (institucionalizado por ley), lo que dio al gobierno de Rabin el margen político necesario para negociar en Oslo. Si la presión del ejército como actor político clave es importante para entender este cambio, también lo es la influencia de las élites económicas, para las que la Intifada implicaba una inestabilidad en la provisión de mano de obra y en el comercio de mercancías que hacían a su enriquecimiento.

Tras una larga disputa por el control del laborismo con Shimon Peres, Isaac Raabin había logrado ser el líder indiscutido de su partido, había formado un gobierno (destacan [Shimon Peres](#) como canciller y Yossi Beilin como viceministro) que Avi Shlaim califica como “paloma” (pacifista o moderado en contraste con “halcón”, belicista, según la terminología anglosajona), en coalición con el partido de centroizquierda Meretz, y en el que el primer ministro gozaba de gran libertad. Grinberg advierte que la concentración de

poder y la conducción caudillista hizo muy dependiente al proceso de paz del liderazgo personalista de Rabin.

En ese contexto, la conducción política israelí debió vencer viejos tabúes: reconocer a los palestinos como una nación con derecho a la autodeterminación, reconocer a la OLP como su representante político, abandonar la visión de un Israel asediado por sus vecinos. No obstante, la propuesta israelí nunca abandonó la priorización de la seguridad del Estado antes que la paz: la paz debía estar condicionada a la seguridad para poder ser viable desde la perspectiva sionista. En diciembre de 1992 el gobierno dio un paso significativo al derogar la ley que prohibía a las autoridades negociar con la OLP. Con estas consideraciones y siendo la parte fuerte en las negociaciones, el gobierno israelí logró imponer sus términos y sus reservas securitistas. Shlaim sostiene que desde las primeras rondas de negociaciones este abordaje fue evidente: en diciembre de 1992 la deportación de militantes de Hamas al Líbano puso en peligro todo lo avanzado, debilitando a los moderados en el campo palestino y favoreciendo a los extremistas que formaban la oposición al proceso de paz. Algo similar sucedió a comienzos de 1996 cuando Shimon Peres autorizó el asesinato del líder de Hamas Yahya Ayyash, rápidamente convertido en mártir: en venganza Hamas y Yihad Islámica desataron una oleada de atentados suicidas en Jerusalén y Tel Aviv entre fines de febrero y comienzos de marzo, y Peres suspendió las negociaciones de paz.

En el campo palestino La OLP, por su parte, desde el “[plan por etapas](#)” de 1974 había comenzado a dar pasos hacia una negociación diplomática, consolidados en 1988 con la Declaración de Independencia de Palestina, que reconocía el derecho a la existencia del Estado de Israel y la solución de dos Estados. Tras el apoyo a Irak en la Guerra del Golfo, considerada un importante error político de Arafat, la OLP había perdido buena parte del capital político acumulado con su adopción de la vía diplomática y el estallido de la Intifada, al tiempo que había paralizado su principal fuente de financiamiento al tensar sus relaciones con los países del Golfo. Como sintetiza Grinberg (2011), “la OLP se encontraba aislada y sin un centavo, incapaz de lograr algo sin un cambio en sus relaciones con Israel” (p. 91). Para Arafat, la apertura del proceso de diálogo era una oportunidad que no podía dejar pasar si pretendía recuperar su posición diplomática y acelerar la restitución de su influencia en los TO en los que crecía el poder de las organizaciones islamistas.

Otro aspecto clave para valorar el proceso de paz es el rol de los Estados Unidos como mediador. El fin de la Guerra Fría había liberado a Estados Unidos de muchos de sus temores en términos estratégicos y había consolidado su vocación unipolar, de erigirse en el único árbitro de los conflictos en Medio Oriente, al tiempo que la derrota de Irak en Kuwait había removido uno de los factores de desestabilización regional. El fin de la bipolaridad también hacía de Israel un aliado menos vital para los intereses de Estados Unidos en la zona, lo que constituía otro estímulo para empujarlo a la mesa de negociación. George Bush presionó a Israel para que aceptara las negociaciones reteniendo un préstamo necesario para la absorción de la masiva inmigración proveniente de la ex Unión Soviética. Aunque la postura de la administración Clinton fue más proisraelí que la de Bush, su gobierno logró presentarse también como un mediador, aunque de neutralidad cuestionable.

Tras las primeras etapas de negociaciones, iniciadas en Madrid en 1991 y luego favorecidas en secreto por el gobierno noruego, se llegó a la firma de la Declaración de Principios sobre el Gobierno Autónomo de Gaza y Jericó (conocida como [Oslo I](#)). Como afirma Avi Shlaim, décadas de mutua negación entre dos movimientos nacionalistas dieron lugar a un reconocimiento mutuo por primera vez. Debe advertirse, no obstante, que Israel no reconoció oficialmente a los palestinos como pueblo y como legítimas sus aspiraciones nacionales en el territorio, aunque lo hizo de forma tácita al reconocer la representatividad de la OLP. La imposición de los términos israelíes en la negociación se evidenció en la formulación de un período transitorio de cinco años antes del acuerdo definitivo, sin garantías sobre los términos de la resolución permanente (Shlaim, 2003: 568-569) y en el que la mayoría de los asentamientos permanecerían intocados (en parte para contener la oposición de los colonos más fanáticos). La lógica de los acuerdos, en consecuencia, implicaba un avance progresivo hacia la creación de un Estado palestino, atado a las consideraciones de seguridad israelíes y en el que se postergaba la resolución de problemas sensibles como las fronteras, el estatus de Jerusalén, así como los problemas de los asentamientos judíos y el retorno de los refugiados de 1948. El éxito de los acuerdos dependía de la construcción de confianza entre las partes negociantes, un aspecto que, como veremos, fue puesto en peligro por las reticencias israelíes a cumplir lo pactado y por el esfuerzo de los opositores en ambas comunidades por desbaratar el proceso de paz.

Los primeros pasos concretos en la implementación de Oslo I se dieron en los acuerdos de El Cairo (1994). De nuevo Israel impuso sus condiciones de retiro paulatino de los

TO, pero se logró formalizar la formación de la Autoridad Nacional Palestina (ANP en adelante) con jurisdicción sobre Gaza y Jericó. El gobierno israelí esperaba que las negociaciones permitieran también avanzar en las conversaciones para una paz definitiva con Jordania y Siria. Mientras con el primero de estos países se avanzó rápido y se logró firmar un acuerdo en 1994, con Siria se dieron sucesivas marchas y contramarchas sin alcanzar una resolución de sus diferencias, siendo los Altos del Golán el principal factor de discordia.

Las voces de oposición al proceso de paz no se hicieron esperar. En Israel los sectores del sionismo religioso y el Likud fueron vociferantes en su rechazo (Netanyahu comparó a Rabin con el primer ministro británico Chamberlain en su tolerancia al nazismo), aunque los sondeos de opinión daban un respaldo mayoritario a Rabin. Algunos sectores dentro del ejército (entre ellos quien luego fue primer ministro, Ehud Barak) desconfiaban de las excesivas concesiones a los palestinos. En el campo palestino, organizaciones de la izquierda secular (FPLP, FDLP) dentro de la OLP e islamistas (Hamas, Yihad islámica) se opusieron a los acuerdos, e intelectuales como Edward Said o Mahmud Darwish lo hicieron también, entendiendo que el liderazgo autocrático de Arafat había clausurado la Intifada sin lograr un Estado palestino.

El proceso de retiro israelí planteó el problema del futuro de los asentamientos en los TO, y la resistencia de los colonos se expresó en forma violenta en un episodio especialmente sangriento, la Masacre de Hebrón de febrero de 1994, en la que un colono partidario del movimiento ultranacionalista Kach (ilegalizado tras este episodio) irrumpió en la Tumba de los Patriarcas con un fusil matando a 29 fieles antes de ser linchado por los concurrentes. No obstante, debe advertirse que existió también un sector de los colonos organizado en el movimiento Volver a Casa que aceptaba su retiro de los TO mediante indemnizaciones, pero no recibieron el apoyo del gobierno de Rabin, lo que demuestra su indecisión en la definición de las fronteras, lo que

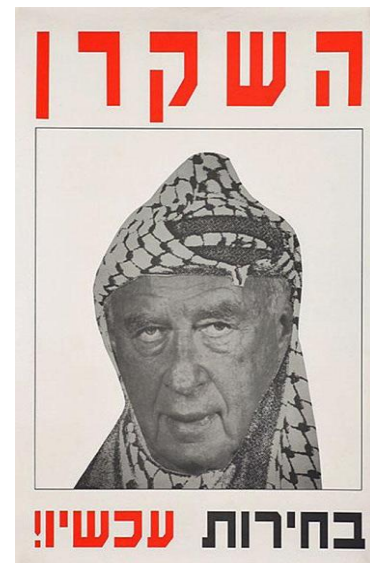


Figura 6
Cartel del Frente Nacional
Judío (partido de derecha
religiosa) que representa a
Rabin como "El mentiroso"
y exige "Elecciones
ahora".

Fuente:
palestineposterproject.org



Figura 7
Baruch Goldstein,
perpetrador de la
Masacre de Hebrón
Fuente:
Wikimedia Commons

en última instancia colaborarían con el fracaso de Oslo (Grinberg, 2011: 99-101). El gobierno tampoco aprovechó el rechazo generado por los colonos en la opinión pública israelí tras la masacre de Hebrón para acelerar su evacuación.

El despliegue de la protección militar de los colonos de Hebrón y un rígido toque de queda para enfrentar las manifestaciones de repudio de los palestinos, mostraron la peor cara de la persistencia de la lógica de ocupación. Hamas y la Yihad Islámica respondieron con una oleada de ataques suicidas en territorio israelí, siendo el más mortífero el perpetrado por Hamas en octubre en un ómnibus de pasajeros en Tel Aviv, matando a 22 civiles. Desde esos primeros momentos se planteó el debate respecto de la

actitud de Arafat y Fatah ante estos atentados: ¿tenía la capacidad la ANP para frenarlos o los toleraba para contar con un instrumento de presión política? En la respuesta a esta pregunta subyace el reconocimiento de la OLP como un actor más o menos comprometido con la paz. Desde la historiografía proisraelí, como es el caso de Joan Culla y Adrià Fortet (2024), se sostiene que “la actitud de Arafat y su ANP resulta displicente, evasiva, contraria a asumir, ni siquiera en Gaza y Jericó, responsabilidad antiterrorista alguna” (p. 416), mientras que los ya citados Shlaim y Grinberg coinciden en la voluntad de Arafat de viabilizar los acuerdos y poner coto a los opositores, aunque por medios políticos, no militares.

A pesar de la oposición en ambas comunidades, el proceso de negociación continuó y en setiembre de 1995 se firmaron los conocidos como **acuerdos de Oslo II**. El acuerdo, preveía elecciones para formar el Congreso Palestino y la división de los TO en tres zonas: la Zona A (ciudades palestinas y áreas urbanizadas circundantes) controladas por la autoridad civil y las fuerzas de seguridad de la ANP, la Zona B (aldeas palestinas menos densamente pobladas) con autoridad civil palestina pero aún bajo supervisión militar israelí, y la Zona C (asentamientos, rutas e infraestructura israelí) que mantenía

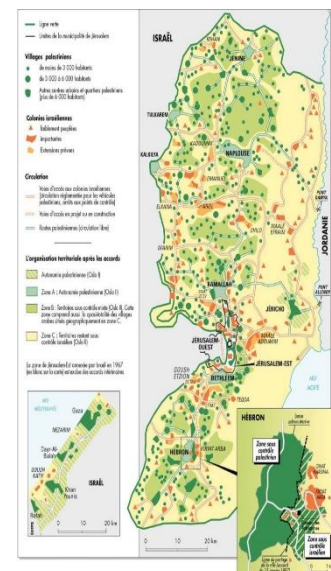


Figura 8
Acuerdos de Oslo
(1993 y 1995)
Fuente: Wikimedia
Commons

el régimen militar israelí instaurado en 1967. Cabe destacar que las costas del río Jordán y por lo tanto tierras fértiles, los recursos hídricos y las fronteras internacionales, se mantuvieron bajo control israelí, lo que implicaba una severa restricción para el desarrollo económico y la soberanía de las zonas controladas por la ANP.

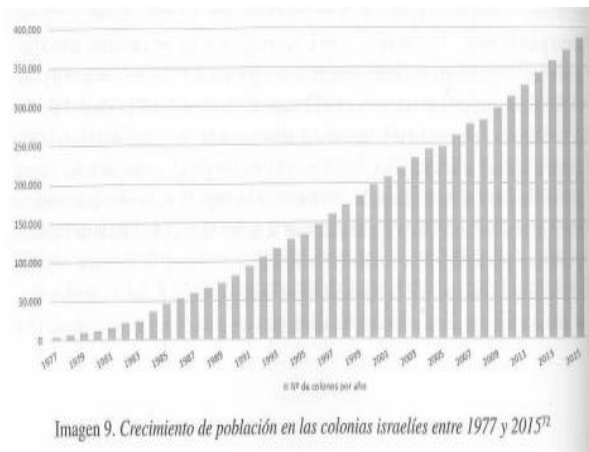


Imagen 9. Crecimiento de población en las colonias israelíes entre 1977 y 2015⁷²

Figura 9

López Arias, Lucía (2014), "El proceso de la paz liberal: de Madrid y Oslo al colapso", en: AA.VV., *Existir es resistir. Pasado y presente de Palestina-Israel*, Granada: Comares, pp. 127-150, p. 148.

A esto debe sumarse que los atentados de los grupos palestinos opositores a los acuerdos fueron respondidos por Israel con severos cierres de fronteras en la Línea Verde que afectaron el ingreso de productos y el traslado de trabajadores palestinos a Israel, lo que repercutió en el nivel de vida de la población de los TO. La fragmentación del territorio de la ANP, separados por asentamientos, carreteras de circunvalación para uso exclusivo de ciudadanos israelíes y checkpoints militares, restringían la

libertad de movimiento. La construcción de asentamientos y carreteras nunca se detuvo. Todos estos factores, que confluían en un deterioro del nivel de vida de los palestinos, fueron minando la legitimidad de los sectores de la OLP comprometidos con el proceso de paz.

En Israel, a medida que se acercaba mayo de 1996, cuando estaban previstas nuevas negociaciones, la presión de la oposición creció: en un acto en el que Netanyahu dio un discurso muy duro pudieron verse retratos de Rabin con el uniforme de las SS. El 4 de noviembre de 1995, cuando asistía a un mitin en Tel Aviv en el que defendió el proceso de paz, Rabin fue asesinado por un extremista de derecha sionista religiosa.

Tras la muerte de Rabin, en el gobierno de su sucesor Peres, el ambiente favorable al proceso de paz se deterioró rápidamente. La apertura de las negociaciones no había favorecido el proceso de pacificación regional esperado por el gobierno israelí, dado que los acuerdos con Siria habían fracasado y las tensiones se habían recrudecido en el sur del Líbano, con una incursión militar israelí en abril de 1996.

La derrota de Peres en diciembre frente a Netanyahu marcó un quiebre con la política del laborismo en los años previos: Avi Shlaim (2003) la considera un “resurgimiento del sionismo revisionista” y un retorno a la noción del “muro de hierro” (617-618), del compromiso imposible con los árabes y la negación del derecho a la autodeterminación palestina. Las elecciones de mayo de 1996 marcaron, además, cambios importantes en el sistema político israelí: el establecimiento de la elección directa del primer ministro, pensada para fortalecer a los grandes partidos históricos, llevó por el contrario a su debilitamiento, la fragmentación del sistema de partidos y el crecimiento de los partidos religiosos.

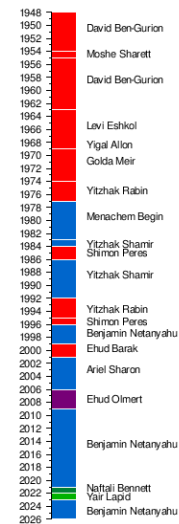


Figura 10
Lista de primeros ministros israelíes.
Fuente: Wikimedia Commons

En lo que respecta al proceso de paz, aunque Netanyahu declaró que su gobierno cumpliría los compromisos internacionales contraídos, en los hechos hizo todo lo posible por vaciarlos de contenido: se impulsó una política agresiva de construcción de asentamientos, se declaró la soberanía judía sobre todo Jerusalén (donde se demolieron numerosas casas palestinas) y se suspendieron las negociaciones sobre el estatuto permanente entendiendo que la ANP no cumplía con sus obligaciones de combatir el terrorismo islamista. Su oposición a la existencia de un Estado palestino era intransigente.

Las tensiones escalaron en setiembre de 1996 cuando el gobierno anunció la construcción de un túnel en la ciudad vieja de Jerusalén, que afectaba a la mezquita de al-Aqsa y estallaron choques violentos con los palestinos. La presión internacional sobre el gobierno israelí lo obligó a hacer algunas concesiones como la del retiro parcial de la ciudad de Hebrón (Protocolo de Hebrón), pero contrarrestada con una postura más intransigente respecto de Jerusalén y la expansión de los asentamientos que la rodeaban. En paralelo, la tensión con Siria se intensificó en este período, avizorándose la posibilidad de una guerra.

En ese contexto, entre fines de 1997 y comienzos de 1998, no sólo se incrementó la presión internacional (Clinton ya se veía libre de las constricciones de su campaña de reelección) sobre el gobierno israelí, sino que además surgieron voces disidentes internas: en marzo de 1998 una carta abierta de más de 1500 reservistas del ejército exigió a

Netanyahu abandonar su política de boicot al proceso de paz. La nueva ronda de negociaciones desembocó en la cumbre de Wye River en Estados Unidos, cuyo acuerdo de octubre de 1998 es valorado por Avi Shlaim (2003) como el momento en que se sepultó la lógica de Oslo de paz por territorios, en tanto el Likud prefería el territorio a la paz (p. 654): el acuerdo daba a la ANP sólo el 13% del territorio tras cinco años de negociaciones, a cambio de un plan para combatir a los grupos islamistas en colaboración con la CIA. Sin embargo, fue pronto vaciado de contenido por las exhortaciones del gobierno a la expansión de los asentamientos y la imposición de nuevas exigencias de seguridad para obstaculizar su aplicación y suspender las retiradas israelíes previstas.

La caída de Netanyahu en 1999 no supuso un cambio sustancial en el descarrilamiento del proceso de paz. Su sucesor, el laborista Ehud Barak, construyó su plataforma política desde sus antecedentes como militar comprometido con la seguridad del Estado, algo que debían priorizarse a la hora de continuar con el camino abierto en Oslo. Barak se había opuesto a Oslo II por considerar que se daban excesivas concesiones a los palestinos y su postura era la de negociar desde una posición de fuerza un retiro parcial de los TO. Como comandante del ejército, era consciente que ni los vecinos árabes de Israel y mucho menos los palestinos suponían un desafío militar que pudiera amenazar esa posición de fuerza. Barak priorizaba un entendimiento con los Estados árabes vecinos a la solución del problema palestino, y en relación a éste entendía que “nuestra reivindicación debe ser la de una entidad Palestina que sea menos que un estado, y debemos esperar que con el tiempo y de manera natural, esta entidad forme una confederación con Jordania” (Barak citado en Shlaim, 2003: 671). Una de las medidas más importantes de su gobierno fue el retiro unilateral del Líbano, que causó tensiones en el ejército, que la veía como apresurada y derrotista. En relación a los palestinos, la reactivación de las negociaciones en 1999 que llevaron a los conocidos como acuerdos de Wye II mostraron una postura israelí más dura: ninguna concesión respecto de la anexión de toda Jerusalén ni en el problema del retorno de los refugiados de 1948.

La “generosa oferta” de Camp David

Este es el contexto en que se llegó a la cumbre de Camp David en julio del 2000. Barak, con el apoyo de Clinton, logró imponer la convocatoria de la cumbre que los palestinos esperaban estuviera precedida de rondas previas de negociación, y en la que el primer ministro israelí se negó a tratar de forma directa con Arafat. Aunque la propuesta del gobierno israelí fue algo más concesiva que en los años anteriores, implicaba la voluntad de imponer un ultimátum a su contraparte respecto del estatuto de paz definitivo, y obligar a los palestinos a abandonar futuras reclamaciones. La propuesta de Barak fue rupturista desde la perspectiva israelí al aceptar la partición de Jerusalén y un limitado y progresivo regreso de algunos refugiados de 1948, aunque sin reconocer las responsabilidades del Estado de Israel por su situación

ni el derecho al retorno. No obstante, suponía la anexión de un 10% de Cisjordania y la administración militar de otro 10% por veinte años. Estas anexiones implicaban el control israelí de la frontera con Jordania y de buena parte de los recursos acuíferos y tierras fértiles, y a cambio se ofrecían concesiones en el desierto del Negev. En la práctica, el núcleo central del Estado palestino constaría de tres cantones separados en Cisjordania, sin control de sus fronteras y con un potencial de desarrollo económico limitado. La delegación palestina rechazó los términos propuestos.

El rechazo palestino ha sido motivo de una gran polémica. El gobierno israelí, respaldado por la administración Clinton, instalaron la versión de un rechazo intransigente de Arafat a la “generosa oferta” presentada, y la decisión de volver al camino de la violencia para imponer sus propios términos. Esta idea, recogida también por la academia proionista, fue la premisa de partida con la que los gobiernos israelíes posteriores a Camp David plantearon que no existía en el campo palestino un interlocutor válido o un “socio” para las negociaciones de paz. Esta visión fue expresada en la obra de Shlomo Ben Ami, integrante del equipo diplomático israelí en Camp David, quien afirmó que “Arafat

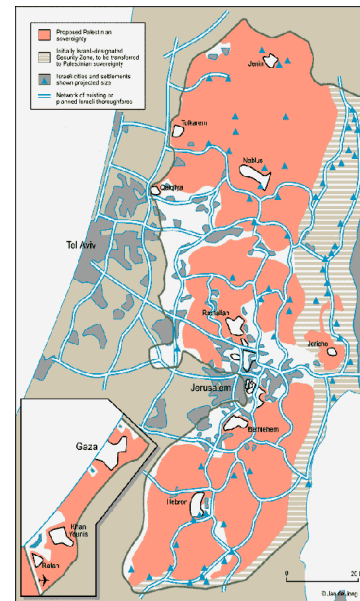


Figura 11
*Mapa de la propuesta israelí
en la cumbre de Camp David
(2000).*

Fuente:
jewishvirtuallibrary.org

presionó en pos de un arreglo imposible, cuyos términos exactos ni siquiera tenía claros, que le permitiera preservar el más amplio consenso nacional posible” (Ben Ami, 2006: 280). La historiadora Anita Shapira (2012) señala como un punto clave la exigencia del “derecho al retorno” por parte de la delegación palestina, como algo poco realista pues ningún gobierno israelí (y menos el de Barak, sin mayorías parlamentarias) lo habría aceptado en tanto ponía en riesgo la existencia misma de Israel como un Estado judío. La autora agrega que sólo Barak estuvo dispuesto a llegar a un acuerdo y Arafat no preparó a la opinión pública palestina para aceptar la idea de que el estatuto definitivo implicaría necesariamente concesiones a las legítimas aspiraciones israelíes (Shapira, 2012: 443-5). Para Culla y Fortet (2024) Arafat cometió un error político al priorizar su épica revolucionaria a la razón de Estado, fue el principal “escollo” para la paz definitiva y luego el provocador de la “violencia prolongada y viciosa de la [Segunda] Intifada” (pp. 451-457).

En la historiografía crítica israelí (autores como el ya citado Shlaim o Ilan Pappé), sin embargo, hay coincidencia en que la “generosa oferta” era simplemente inaceptable hasta para el más moderado y concesivo de los líderes palestinos. Shlaim considera que el error político de Arafat consistió en no realizar una contrapropuesta (Shlaim, 2003: 680). La situación política de Arafat, no obstante, era compleja: había sido forzado a aceptar una cumbre que consideraba desacertada, a la que se llegaba tras varios años de acuerdos boicoteados por gobiernos israelíes que habían minado la confianza de los palestinos y fortalecido la posición de los sectores extremistas opuestos a la paz. Arafat estaba convencido de que no podría hacer aceptable a los suyos la propuesta israelí y temía incluso ser asesinado por sus opositores a su regreso si la firmaba. Lo cierto es que probablemente la aceptación de los términos ofrecidos por Israel habría minado lo que quedaba de su legitimidad política, mientras que su rechazo le valió una recepción como un digno representante de los intereses del pueblo palestino.

Según Lev Grinberg (2011), simplemente “Barak planeó por adelantado hacer descarrilar el Proceso de Oslo en Camp David en la medida en que la cumbre permitiera culpar a Arafat por el fracaso de todo el proceso de paz” (p. 245), a lo que le siguió una cuidadosa política de medios para instalar esa versión de los acontecimientos, con ayuda de Estados Unidos. En contraste, “Arafat se comportó racionalmente durante toda la negociación: rechazó el ultimátum de Barak de ‘todo o nada’ y procuró continuar negociando para mejorar las condiciones del acuerdo” (Grinberg, 2011: 247).

La administración Clinton hizo un último esfuerzo por refloatar las negociaciones en la cumbre de Taba (Egipto) en enero de 2001, y las posiciones se acercaron, pero Barak canceló las negociaciones para evitar dar crédito a las críticas de la oposición que señalaban su debilidad en un contexto preelectoral. En febrero, la elección de Ariel Sharon clausuró definitivamente las perspectivas realistas de paz.

Lucía López Arias (2014) lo plantea como el fracaso de la “paz liberal”, en la que los mediadores y donantes internacionales asumieron una agenda de posconflicto sin atender a la solución de los problemas profundos vinculados a la situación colonial impuesta en los TO. Desde una perspectiva occidental propia de un contexto de hegemonía unipolar pos-Guerra Fría, se entendió que la solución del conflicto debía consistir en favorecer un proceso de construcción estatal (*state-building*) y democratización de la ANP, y de desarrollo económico desde un enfoque liberal, siendo la provisión de seguridad a Israel un objetivo primordial. La emergencia de un pseudo-Estado sin soberanía real y su dependencia económica respecto de Israel evidencian el fracaso de este modelo. La dependencia económica estuvo marcada por los [Protocolos de París de 1994](#), pensados como transitorios pero cuya vigencia se extiende hasta hoy, que establecen el control israelí sobre la recaudación y transferencia de impuestos aduaneros y con ello de buena parte del presupuesto de la ANP. El fracaso de la ANP en lograr el objetivo político de un Estado independiente y su creciente corrupción en la gestión de los recursos económicos (préstamos del Banco Mundial, donaciones internacionales) minaron su legitimidad y favorecieron el crecimiento político de Hamas.

El fin del proceso de paz y el inicio del unilateralismo israelí

Tras el fracaso de Camp David la Segunda Intifada no tardó en estallar. Aunque la visita del líder de la oposición Ariel Sharon a la Explanada de las Mezquitas fue el detonante de las protestas, el deterioro de la situación económica y social de los TO y el fracaso del proceso de paz constituyen las causas más profundas de la Intifada. Esta nueva erupción de resistencia fue más violenta que la iniciada en 1987, en tanto en Cisjordania y Gaza existían diversos grupos armados, desde las fuerzas de seguridad de la ANP hasta las milicias islamistas. En el combate a Israel, más allá de sus diferencias, mostraron cierta unidad de propósito y una creciente radicalización. Los *tanzim*, las milicias de Fatah críticas con la conducción política de la ANP y lideradas por el influyente líder Marwan Barghouti, adquirieron gran protagonismo en los combates.



Figura 12
*Choque entre civiles palestinos y las IDF cerca de
Ramallah, IDF Spokesperson's Unit.
Fuente: Wikimedia Commons*

El fin del proceso de Oslo y la Intifada, según Lev Grinberg, permitieron el surgimiento de un nuevo mito nacional en Israel: si el inicio del proceso de Oslo se había caracterizado por la crisis del mito de la seguridad y el Gran Israel, el cierre del ciclo de negociaciones resignificó estas dos nociones en un nuevo mito nacional. Sin socio para la paz y enfrentada a la violencia terrorista, la nación se veía impelida a velar por la seguridad del Estado y sostener cada asentamiento como un baluarte, reviviendo así la noción del Gran Israel (Grinberg, 2011: 248). Esto les otorgó legitimidad a los sucesivos gobiernos en los años siguientes.

Los gobiernos de Barak y Sharon desplegaron una respuesta militar desproporcionada frente la Intifada, basada en la convicción de que un rápido sofocamiento militar de la resistencia era posible. El ejército tomó la iniciativa con cierta independencia respecto de la conducción política, buscando al mismo tiempo generar un consenso social que legitimara sus acciones y le permitiera sortear lo que se interpretaban como errores de la conducción política, en especial la retirada unilateral del Líbano en mayo del 2000 que había dañado su capacidad de disuasión (Grinberg, 2011: 349). Esta fue la lógica detrás de la “Operación Escudo Defensivo”, que llevó al ejército israelí a retomar el control de las ciudades de Cisjordania y se propuso generar grandes bajas entre los palestinos para forzarlos a aceptar la derrota. El episodio más representativo de ello fue el ataque al campo de refugiados de Yenin en abril. La represión no se limitó a los TO, ya que las protestas de los palestinos israelíes en solidaridad fueron reprimidas con igual intensidad por el ejército, causando trece muertos en las jornadas de protesta de octubre en Israel. La escalada implicó también una oleada de atentados suicidas en Israel durante 2001, en las que el gobierno de Sharon señaló complicidad de la ANP, algo reafirmado por la historiografía proisraelí (sobre la presunta complicidad de Arafat en los atentados ver: Culla y Fortet, 2024: 471-472).

Sharon contaba con antiguas e innegables credenciales como líder de una derecha dura en el enfrentamiento al nacionalismo palestino: implicado en la masacre de Qibya en 1953 y en la de Sabra y Chatila en 1982 que le costó su cargo en el gobierno, impulsor a ultranza de los asentamientos en los TO desde sus cargos como ministro. Su victoria por amplio margen (reforzada por otro triunfo en 2003) le dio autoridad para acabar con el proceso de paz, dando inicio a la era del unilateralismo israelí.

Su primera medida en este abordaje unilateral del problema palestino fue la construcción de una valla de seguridad, que en violación del derecho internacional se internaba en Cisjordania más allá de la Línea Verde, por lo que constituyó un mecanismo para la anexión de hecho de territorios, sin someter esto a negociaciones.

También demostró su unilateralismo en las acciones punitivas contra la ANP y Arafat: tras el asesinato del ministro de turismo Rehavam Zeevi por el FPLP el gobierno de Sharon entendió que la ANP no estaba comprometida con el combate al terrorismo. Las represalias fueron duras, el cuartel general de Arafat fue bombardeado y se le impuso una reclusión forzada en su residencia, llegando incluso a considerarse su asesinato. Asimismo, el gobierno israelí desplegó una estrategia de asesinatos selectivos o “liquidaciones focalizadas” de líderes islamistas en los meses siguientes.



Figura 13
*Parte de la valla de seguridad para la
protección de la carretera de circunvalación
de Beerseba a Hebrón, 2026.*
Fuente: Wikimedia Commons

El otro acto notable de unilateralismo fue la retirada israelí de Gaza en 2005. En este enclave superpoblado y pauperizado, los colonos israelíes controlaban el 25% del territorio y el 40% de las tierras cultivables. La anexión de Gaza, como sostiene Avi Shlaim, implicaría la incorporación de un millón y medio de palestinos que podía alterar el equilibrio demográfico del Estado y supondría la perpetuación del difícil desafío de defensa de los colonos en un entorno especialmente hostil, con una importante presencia de Hamas. La retirada de Gaza resolvía ese problema de seguridad y fijaba unilateralmente las fronteras del Estado. Aunque con reservas del ejército, el plan contó con el apoyo de Estados Unidos, y aunque se preveían conflictos con los colonos su desalojo no fue problemático.

El unilateralismo supone la negación absoluta de la legitimidad de los intereses palestinos: Israel fija sus fronteras y sus criterios de seguridad sin resolver problemas que hacen a la vida de los “otros” palestinos (cómo será el tránsito entre Gaza y Cisjordania, cómo se organizará la economía palestina, cómo resolver el aislamiento que supone no controlar sus fronteras). Esto acrecentó las acusaciones a Israel por delitos de [apartheid](#).

Baruch Kimmerling (2003), al analizar los discursos y propuestas políticas de Sharon y su entorno político, concluye que se ha ampliado el consenso en Israel acerca de la “transferencia” poblacional palestina como un asunto legítimo. Al mismo tiempo, en

función del discurso antiterrorista, ha ganado espacio la posibilidad de la eliminación del movimiento nacionalista palestino. Para el autor, la destrucción deliberada de la esfera política pública, las medidas para hacer la vida palestina crecientemente intolerable, aplastar moralmente la resistencia, aislarla internacionalmente (antiislamismo mediante) y estimular la “voluntaria” emigración, son todas estrategias que constituyen un proyecto de “politicidio” (la eliminación de los palestinos como una entidad política, social y económica legítima).

El gobierno de Sharon tras los atentados del 11 de setiembre de 2001 en Estados Unidos y el lanzamiento de la “guerra contra el terror” por parte de George Bush (h), se mostró dispuesto a explotar el nuevo escenario de lucha antiterrorista y antiislamismo creciente, estableciendo un paralelismo entre ese combate y el de Israel contra el nacionalismo palestino. Aunque inicialmente la administración Bush (necesitada de apoyos árabes en su invasión a Afganistán) fue poco receptiva a esa estrategia, lo fue mucho más en el contexto de la escalada con Irak. Esta postura señalaba a la ANP y a Arafat como terroristas y, por ende, socios inviables para la paz. Tal coincidencia de intereses permitió al gobierno de Sharon convertir la nueva propuesta estadounidense de paz de noviembre de 2002, conocida como la “[Hoja de ruta](#)”, en poco más que papel mojado. Este documento proponía un compromiso de la ANP en el desmantelamiento de los grupos considerados terroristas, y el retiro israelí de los TO y los asentamientos construidos desde el estallido de la Intifada. Aunque los términos eran vagos, se llamaba a negociar un acuerdo de paz sobre la base de las fronteras de 1967, pero estas fronteras era justamente lo que el gobierno de Sharon estaba buscando redefinir con su política unilateral. La “Hoja de ruta” no fue, sin embargo, la única propuesta de paz que se manejó durante ese período: en diciembre de 2003 el líder del Meretz Yossi Beilin (uno de los artífices de los acuerdos de Oslo) y el líder moderado de la ANP Yasser Rabbo propusieron los conocidos como [Acuerdos de Ginebra](#), una propuesta mucho más concreta que implicaba un Estado palestino en Gaza y el 97% de Cisjordania, y la división de Jerusalén. El plan, sin embargo, no tuvo recepción favorable en ninguna de las comunidades. La fijación unilateral de las fronteras o “desconexión” por parte de Israel siguió adelante.

La muerte de Arafat en 2004 acabó con el “pretexto Arafat”, y su sucesor Mahmud Abbas era el líder moderado que israelíes y estadounidenses demandaban desde hacía años. Aunque este recambio en el liderazgo rompía el estancamiento de la política palestina y tenía el potencial de destrabar las negociaciones (Abbas negoció con Hamas la suspensión de sus atentados), la tentación unilateral de Sharon no dejaba lugar para ellas. Ante la retirada de Gaza una parte del Likud se distanció del gobierno, pero el primer ministro formó un nuevo partido, Kadima, al que llegaron a sumarse viejos laboristas como Shimon Peres. Esta fue la plataforma desde la que siguió adelante con su política unilateral con un nuevo consenso, en la que se continuaron registrando [episodios de represión](#) con mucho impacto en la comunidad internacional.



Figura 14
Territorio de Cisjordania
previsto para el Estado
Palestino en la
propuesta negociada por
Beilin con
representantes de la
OLP (2003).
Fuente:
jewishvirtuallibrary.org

División y conflicto en el nacionalismo palestino

La victoria de Hamas en las elecciones parlamentarias palestinas de 2006 fue un hito muy importante en el proceso político de la región. Aunque favorecido por la división de las listas presentadas por Fatah, el triunfo de Hamas evidenció el deterioro de la autoridad de la ANP y de la legitimidad del liderazgo secular de Fatah. Se trató, además, de una victoria lícita en elecciones libres.

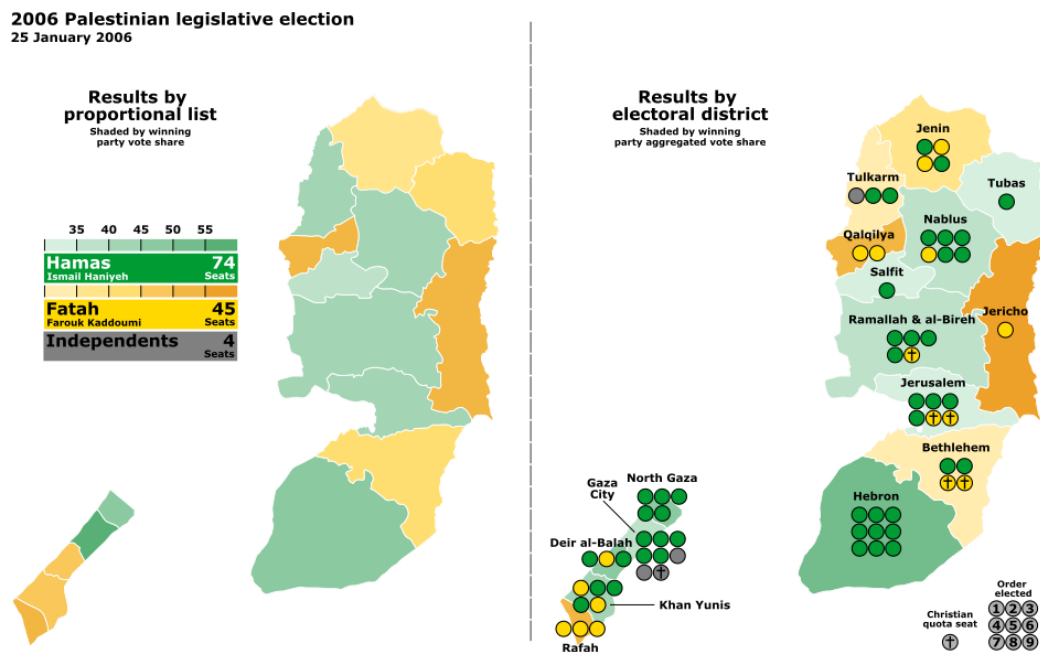


Figura 15
Resultados de las elecciones parlamentarias palestinas de 2006.
Fuente: Wikimedia Commons

Lo que siguió fue un proceso de polarización muy intenso a diferentes niveles. Los choques entre Fatah y Hamas no tardaron en darse, con enfrentamientos entre contingentes armados de ambas organizaciones. Israel respondió al triunfo de Hamas congelando los recursos financieros que correspondían a la ANP por los impuestos aduaneros, ejerciendo presión internacional para cortar las donaciones de dinero y limitando la libertad de movimiento de los funcionarios del gobierno palestino. Estados Unidos y la Unión Europea se sumaron al boicot, exigiendo a Hamas renunciar a la violencia y reconocer el derecho de Israel a existir. Aunque reconociendo su victoria electoral, países como Egipto o Arabia Saudí presionaron a Hamas para moderar sus posturas respecto al proceso de Oslo. Los saudíes tenían especial interés en ello y en mediar en los conflictos internos palestinos para evitar poner en peligro su alianza

estratégica con Estados Unidos, por lo que fueron mediadores del primer intento fallido de acuerdo entre Fatah y Hamas (acuerdos de La Meca) en febrero de 2007.

Hamas enfrentó una guerra a dos frentes desde 2006: al tiempo que se intensificaban los choques con Fatah, el secuestro de un soldado israelí en la frontera de Gaza en junio de 2006 llevó a un ataque aéreo de represalia. Mientras tanto, la Unión Europea y Estados Unidos financiaban selectivamente a Fatah para debilitar la posición de Hamas, lo que supuso la imposición de condiciones económicas muy duras en Gaza (cortes de energía, suministros médicos, limitaciones de importación de bienes básicos) y comparativamente mejores en Cisjordania. Estas sanciones evidenciaron la verdadera racionalidad detrás de la retirada unilateral de Gaza: control absoluto de las fronteras y una inmejorable capacidad de presión sobre sus habitantes.

El ataque a Gaza en 2006 reabrió también para Israel un nuevo frente, el del Líbano: ante los ataques en solidaridad por parte de Hezbollah el gobierno de Israel ordenó una nueva invasión en julio.

El conflicto entre Hamas y Fatah tuvo su momento de mayor intensidad en junio de 2007, con la ofensiva de Hamas para la conquista de Gaza, marcada por numerosas ejecuciones extrajudiciales de adversarios políticos. Tras esta ofensiva la estabilización —no la resolución definitiva— del conflicto se dio a través de un estatus quo que se mantiene hasta el presente: Fatah mantiene el control de la ANP y de los territorios de dominio palestino en Cisjordania, mientras Hamas gobierna en Gaza.

Los territorios palestinos no fueron ajenos a la oleada de movilización popular y el sismo político que supuso la llamada Primavera Árabe de 2011. Aunque no se manifestó con la misma intensidad que en otros países árabes, sus efectos se hicieron sentir. Hamas buscó apropiarse del discurso insurreccional que supuso la Primavera Árabe, pero su liderazgo temía el potencial desestabilizador que implicaba la agitación regional contra regímenes autoritarios y represivos. La presión desde abajo fue uno de los factores que influyó en un acercamiento entre Hamas y Fatah. Otro fue la propia división en Hamas entre radicales y moderados que apostaban por la conciliación. Entre 2011 y 2012, en El Cairo y en Doha, se dieron reuniones que acabaron con la firma de acuerdos de unidad nacional entre las principales facciones palestinas, cuya implementación, sin embargo, fracasó. En 2014 se logró la firma de un nuevo acuerdo en El Cairo, esta vez con mayores perspectivas

de éxito. La respuesta de Israel no se hizo esperar: estableció sanciones económicas a la ANP y lanzó una nueva ofensiva militar sobre Gaza.

En este período posterior a 2006 pueden identificarse algunas dinámicas e hitos importantes. En lo que respecta a la política israelí respecto del nacionalismo palestino, el unilateralismo intransigente se mantuvo inalterado, pero tras evidenciarse el conflicto entre Hamas y Fatah el gobierno de Israel buscó explotar esa división con el objetivo de profundizar el debilitamiento de nacionalismo palestino. Se desplegaron así dos estrategias bien identificables. En Gaza un ahogamiento económico y el despliegue de sucesivas incursiones militares con el argumento de acabar con la infraestructura militar de Hamas, que profundizaron una crisis humanitaria en el enclave. En Cisjordania la continuación de la expansión de los asentamientos, el uso de las sanciones económicas esporádicas para desestimular la coordinación política entre Fatah y Hamas, la perpetuación de una situación de pseudoestatalidad e inviabilidad económica del espacio palestino, de los castigos colectivos, y de prácticas de hostigamiento en la que participan en connivencia militares y colonos. La división del nacionalismo palestino ha sido funcional a los objetivos estratégicos de Israel.

En cuanto al campo palestino, deben destacarse dos hitos importantes durante el período. Uno de ellos es la aceptación por parte de las Naciones Unidas de Palestina como miembro observador de la organización en noviembre de 2012. El otro es la publicación de un documento político de [Hamas en 2017](#) que actualiza la plataforma fundacional del movimiento de 1988: aunque no reconoce a Israel ni los principios de Oslo (reclama, por ende, la soberanía sobre toda Palestina), plantea la voluntad de integrarse y coordinar esfuerzos con la OLP y la ANP en el marco de un gobierno democrático y plural.

Pero probablemente el cambio más importante, en el que 2006 constituye un hito simbólico, es lo que José Abu-Tarbush (2006) ha definido como “el fin de la hegemonía de Fatah”, esto es, el fin de la hegemonía de un nacionalismo secular y el fortalecimiento de la tendencia islamista. Para este autor “el islamismo presenta una serie de fortalezas en un contexto de gran incertidumbre: su carácter autóctono, su escaso desgaste, su capacidad de entusiasmo, su orientación moral y confortación psicológica” (p. 101), y Fatah se ha mostrado más vulnerable a su desafío que al de las organizaciones marxistas en el pasado. Frente a los fracasos diplomáticos de la ANP y las críticas que le adjudican humillantes claudicaciones frente a Israel, Hamas se presenta ante una población palestina crecientemente pauperizada y desesperanzada como la única fuerza capaz de una genuina

resistencia. El nacionalismo palestino, que nació (en la década de 1920) y se reorganizó (en la década de 1960) como predominantemente secular, se enfrenta a la perspectiva de una hegemonía de sus sectores islamistas. Este proceso no puede excluirse de una dinámica regional más amplia, en el que la imposición occidental de procesos de democratización y liberalización desestabilizaron a los nacionalismos árabes seculares (más o menos autoritarios) y alimentaron el crecimiento del islamismo.

Israel bajo el poder (de nuevo) de Netanyahu (2009-2021) y la actualidad del conflicto

En su nuevo triunfo electoral de 2009 Netanyahu explotó el descrédito de sus antecesores en la guerra del Líbano y las críticas que merecía el retiro de Gaza bajo el control de Hamas. En su nuevo gobierno optó por una coalición más estable recostada sobre los sectores más duros del Likud, los nacionalreligiosos y ultraortodoxos (librado del ala más moderada de su partido escindida con la formación de Kadima), por una agresiva política de comunicación a través de un diario oficialista (*Israel hoy*) y una postura de más intransigente rechazo a la solución de dos Estados, que lo llevó incluso a chocar con la administración de Barack Obama en varias oportunidades. Los intentos de acercamiento y acuerdos de unidad nacional entre Hamas y Fatah le dieron a Netanyahu el argumento que necesitaba para paralizar cualquier conversación de paz, aduciendo que no abriría el diálogo con una fuerza que negaba el derecho de Israel a existir. Las incursiones de represalia en Gaza continuaron desarrollándose de forma esporádica durante su período de gobierno.

Con el [nacionalismo palestino debilitado](#) y ese frente controlado, las preocupaciones del gobierno de Netanyahu se concentraron mayormente en Irán, en especial cuando las elecciones de 2013 llevaron allí al gobierno a sectores más moderados y Estados Unidos decidió apostar con más decisión por las negociaciones diplomáticas con el nuevo presidente Hassan Rouhani. Las negociaciones entre Irán y Estados Unidos eran vistas por Netanyahu como un peligro, y su respuesta consistió en favorecer un acercamiento con los países del Golfo enfrentados a Irán, en especial con Arabia Saudí. También buscó normalizar las relaciones con la Rusia de Vladimir Putin y con Turquía.

En el frente interno Netanyahu debió enfrentar la agitación política en torno a la exención del servicio militar a los ultraortodoxos y las investigaciones de la justicia contra el primer ministro por corrupción a partir de 2016.

El año 2016, sin embargo, marcó un cambio en el contexto internacional favorable a la política de Netanyahu con la victoria de Donald Trump en Estados Unidos y el anuncio en diciembre del traslado de la embajada de ese país a Jerusalén. El gobierno israelí se involucró de lleno en lo que se ha denominado la “internacional reaccionaria”, estrechando vínculo también con líderes como Narendra Modi o Viktor Orbán.

No obstante, partir de la disolución de la Knéset en 2019 Israel se sumió en un espiral de inestabilidad política, en el que estuvo durante varios meses sin la posibilidad de formar



Figura 16
*Donald Trump visita a Netanyahu en
Jerusalén, mayo 2017.*
Fuente: Wikimedia Commons

gobierno y se sucedieron varias elecciones e incansables negociaciones para la creación de coaliciones inestables. Tras un breve intersticio fuera del poder entre 2021 y 2022, en el que desplegó una política de franca desestabilización del gobierno, Netanyahu fue designado nuevamente primer ministro, esta vez con una coalición algo más estable integrada por figuras de extrema derecha como Itamar Ben Gvir (heredero del Kach) y Bezalel Smotrich (sionismo religioso).

El nuevo gobierno, con mediación estadounidense, se encaminaba a sellar un acuerdo histórico durante la sesión de la Asamblea General de la ONU en setiembre de 2023, normalizando sus relaciones con Arabia Saudí tras años de titubeos por parte de la monarquía del Golfo. Este proceso fue violentamente interrumpido por los atentados del 7 de octubre de 2023.

Bibliografía

Abu-Tarbush, José (2006), “Palestina: el fin de la hegemonía de Fatah”, *Historia Contemporánea*, nº 36, pp. 73-102.

Abu-Sitta, Salman (2010), *Atlas of Palestine, 1917-1966*, Londres: Palestine London Society.

Culla, Joan; Fortet, Adrià (2024), *Israel. La tierra más disputada. Del sionismo al conflicto de Palestina*, Barcelona: Península.

Gijón Mendigutía, Mar (2024), *Historia del movimiento de mujeres en Palestina*, Navarra: Txalaparta.

Grinberg, Lev Luis (2011), *Política y violencia en Israel/Palestina. Democracia versus régimen militar*, Buenos Aires: Prometeo.

Illouz, Eva (2023), *La vida emocional del populismo. Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*, Buenos Aires: Katz Editores

Kimmerling, Baruch (2003), *Politicide. Ariel Sharon's war against the Palestinians*, —Londres: Verso.

López Arias, Lucía (2014), “El proceso de la paz liberal: de Madrid y Oslo al colapso”, en: AA.VV., *Existir es resistir. Pasado y presente de Palestina-Israel*, Granada: Comares, pp. 127-150.

Pappé, Ilan (2024), *Historia de la Palestina moderna*, Argentina: Akal.

Sayigh, Yezid (1997), *Armed struggle and the search for state. The Palestinian national movement, 1949-1993*, Oxford: Oxford University Press.

Shapira, Anita (2012), *Israel. A history*, Waltham: Brandeis University Press.

Shindler, Colin (2006), *The triumph of military Zionism. Nationalism and the origins of the Israeli right*, Nueva York: Tauris.

Shlaim, Avi (2003), *El muro de hierro: Israel y el mundo árabe*, Granada: Almed.